

**A TRAVÉS DEL PAISAJE, A TRAVÉS DE LOS CUERPOS.
CONTEXTOS FUNERARIOS DEL SUR DEL VALLE DEL CAJÓN
(NOROESTE ARGENTINO, 6000-1300 AÑOS AP)**

*Leticia Inés Cortés**

Fecha recepción: 15/11/2012
Fecha aceptación: 30/08/2013

RESUMEN

Partiendo de la postura teórica que considera al paisaje como el devenir del habitar, este artículo da cuenta de las diversas formas en que los cuerpos de los muertos fueron dispuestos en La Quebrada, sur del valle del Cajón, a lo largo de más de 5000 años. Se analizan diez contextos funerarios, ocho de los cuales poseen fechados entre el 6000 y el 1300 años AP y dan cuenta de la larga historia de resignificación de este paisaje y de su importancia en la memoria de las generaciones que lo han transitado. Los resultados se enmarcan en el contexto regional y temporal mayor de otros hallazgos en el Noroeste argentino. Se sostiene que las prácticas de depositación de los cuerpos son en sí mismas inseparables del paisaje, al mismo tiempo siendo configuradas y configurando los trayectos cotidianos, los lugares y la disposición de otros entierros a través del tiempo.

Palabras clave: paisaje – contextos funerarios – valle del Cajón – 6000-1300 años AP – Noroeste argentino.

**THROUGH THE LANDSCAPE, THROUGH THE BODIES.
FUNERARY CONTEXTS OF THE SOUTHERN CAJÓN VALLEY (NORTHWESTERN
ARGENTINA, 6000-1300 YEARS BP)**

ABSTRACT

Departing from a theoretical stand that considers landscape as the outcome of dwelling, this article presents the diverse ways in which the bodies of the dead have been disposed in La

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-mail: leticiacortes@gmail.com

Quebrada locality, southern Cajón Valley, for over 5000 years. Ten funerary contexts are analyzed. Eight of them have been dated between 6000 to 1300 years BP, thus accounting for the long history of resignification of the landscape and its importance in the memory of the generations that have transited across it. Results are framed within the regional and temporal context of other findings in Northwestern Argentina. This paper argues that practices of body disposal are inseparable from the landscape, both being configured and configuring everyday paths, places and the disposition of new burials through time.

Keywords: *landscape –funerary contexts –Cajón valley –6000-1300 years BP –Northwestern Argentina.*

INTRODUCCIÓN

Partiré de la postura teórica que sostiene que el ambiente es relacional y procesual, en constante cambio en la interacción con un individuo para el cual toma sentido y existencia (Ingold 1993, 2000). Aun sin haber sufrido ninguna alteración física, los paisajes son biografía de aquellos que lo han habitado, hecho y rehecho a través del tiempo (Ingold 2000), son relato de las generaciones que lo han transitado y de sus modos de ver el mundo (Gosden y Head 1994). Siendo histórico esencialmente, el paisaje es tanto el medio para la acción como el resultado de las acciones pasadas, resignificadas a través del tiempo y a lo largo de las generaciones (Tilley 1994; Preucel y Meskell 2004). En otras palabras, la forma en que los grupos interactúan con su paisaje está parcialmente estructurada por las acciones de aquellos que los han precedido (Richards 1993; Pauketat 2001). Si las sociedades deben ser analizadas a partir de su espacialidad, así como los espacios deben ser analizados en términos de su carácter social (Lazzari 2005, 2006), la arqueología está en una posición privilegiada para entender el movimiento único del devenir de los paisajes y las biografías de las personas a través del tiempo –en otras palabras, el palimpsesto de las prácticas cotidianas–.

Como parte del acontecer de la vida, la muerte promueve prácticas específicas. Los muertos pasan a ocupar su lugar social como tales no solo por la ocurrencia del deceso biológico, sino fundamentalmente por su tratamiento posterior a la muerte. En otras palabras, los muertos son creados, esto es, incluidos en un sistema de referencia histórico particular dentro del cual cobran sentido y existencia: lo socialmente prescripto –el ritual funerario– transforma la muerte en una *buena muerte* (en el sentido de Bloch y Parry 1982). De aquí que las prácticas funerarias no puedan considerarse escindidas de las prácticas cotidianas, del habitar y, en tal sentido, de los paisajes.

A lo largo de los últimos años, los trabajos de campo desarrollados en la localidad de La Quebrada¹ han proporcionado un variado registro de entierros del período Formativo y de tiempos aún más tempranos, un aspecto de los estilos de vida del pasado que hasta el momento prácticamente carecía de antecedentes en el área.

Los contextos que se tratan en este artículo, diez en total, han sido recuperados como parte de las tareas de rescate efectuadas a raíz de su hallazgo fortuito, en general, por parte de los pobladores locales, quienes están informados y colaboran con nuestra labor arqueológica de distintas maneras. Ocho de ellos fueron datados por AMS y abarcan un lapso cronológico que se extiende desde *ca.* 6000 hasta *ca.* 1300 años AP. Esta gran profundidad temporal de las ocupaciones en el área fue inicialmente insospechada y fomentó una perspectiva de análisis que contemplara la larga trayectoria histórica en la creación de este paisaje a lo largo del tiempo.

Desde esta perspectiva, las tumbas de La Quebrada no pueden ser tomadas como eventos aislados sino insertas en los trayectos cotidianos, a la vez configuradas por las acciones previas y dando forma a las futuras. En otras palabras, inseparables de su propio pasado, del contexto espacial y temporal mayor de su ocurrencia.

A TRAVÉS DE LOS CUERPOS, LA HISTORIA DEL PAISAJE DEL SUR DEL VALLE DEL CAJÓN

El valle del Cajón se extiende en sentido norte-sur a lo largo de 90 km entre W66°00' y W66°30' de Longitud y S26°10' y S27°00' de Latitud (figura 1). Surcado por el río Cerro Colorado, sus aguas nacen en el Nevado de Chuscha, el punto de mayor elevación en esta área (5.468 msnm), y descienden paulatinamente hasta el Campo del Arenal (2.300 msnm). Dentro de este valle, la localidad de La Quebrada se recuesta sobre la vertiente oeste y queda comprendida entre el fondo del valle, al este, y las estribaciones de la Puna sur, al oeste. Ocupa un lugar estratégico que pudo haber sido de importancia fundamental en el tránsito y en las redes de intercambio en el pasado prehispánico, conectando a la gente y los recursos de los valles de altura con aquellos de las tierras bajas y de las altitudes puneñas (ver Scattolin *et al.* 2007, 2009a, 2009b).

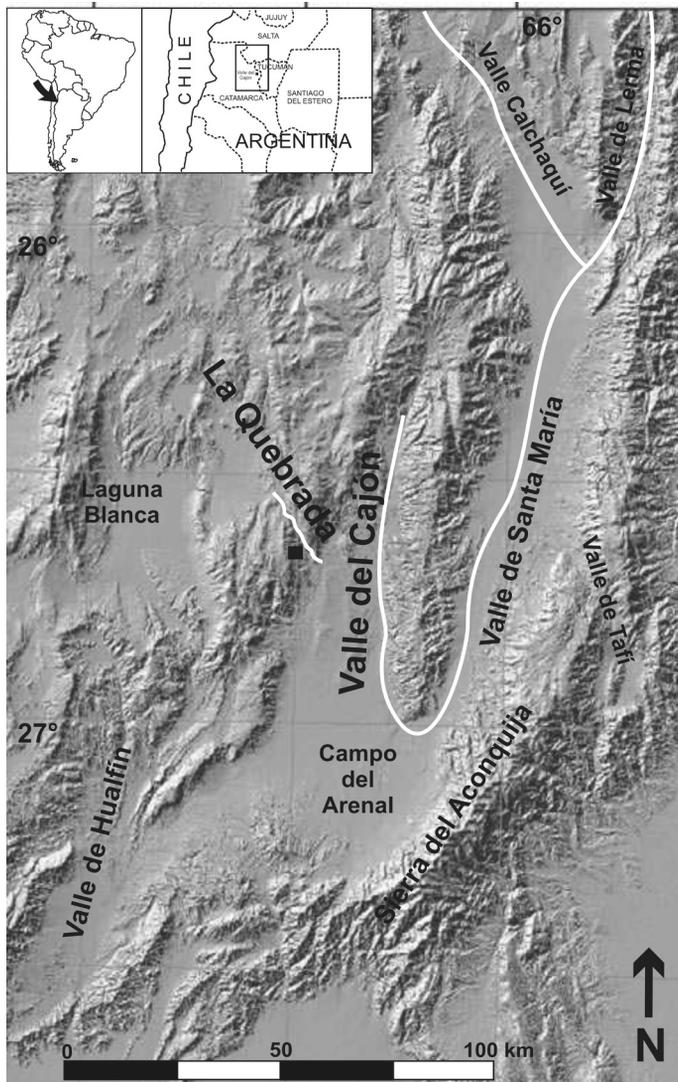


Figura 1. El valle del Cajón y la localidad de La Quebrada en el Noroeste argentino

El valle del Cajón posee un clima semiárido, con gran amplitud térmica diaria. Las precipitaciones ocurren estacionalmente durante los meses de verano y los registros del fondo del Bolsón del Arenal no superan los 250 mm en promedio anual. No obstante, en los últimos años se han producido fuertes lluvias, algunas de las cuales incluso han modificado de forma abrupta el curso de arroyos. Durante la temporada invernal, el clima suele ser muy frío, con fuertes vientos, que pueden durar hasta semanas sin interrupción, y nevadas ocasionales. Estas características climáticas tienen efecto directo en la tasa de denudación del suelo, una de las razones por las cuales año tras año quedan al descubierto restos humanos, objetos y estructuras que habían pasado desapercibidas años anteriores. En todas las ocasiones, estos nuevos hallazgos fueron informados por los pobladores locales y se han realizado los rescates correspondientes.

Las investigaciones en el área de La Quebrada han estado concentradas en la excavación sistemática de las aldeas formativas de Cardonal y Bordo Marcial², las cuales han proporcionado valiosa información respecto de las formas de vida de las primeras sociedades productoras de alimentos. Ambas aldeas se emplazan sobre dos terrazas de escasa pendiente que bordean casi completamente a un cerro de mayor altura. Pequeñas cárcavas labradas por cursos de agua surcan la superficie de estas mesadas. La distribución de las estructuras domésticas demuestra la utilización de criterios de organización del espacio similares. Este patrón de simetría se refuerza aún más por la presencia de dos áreas de cementerio ubicadas en suelos medanosos al norte de cada sitio, pero separadas de estos por pequeñas cárcavas (figura 2).

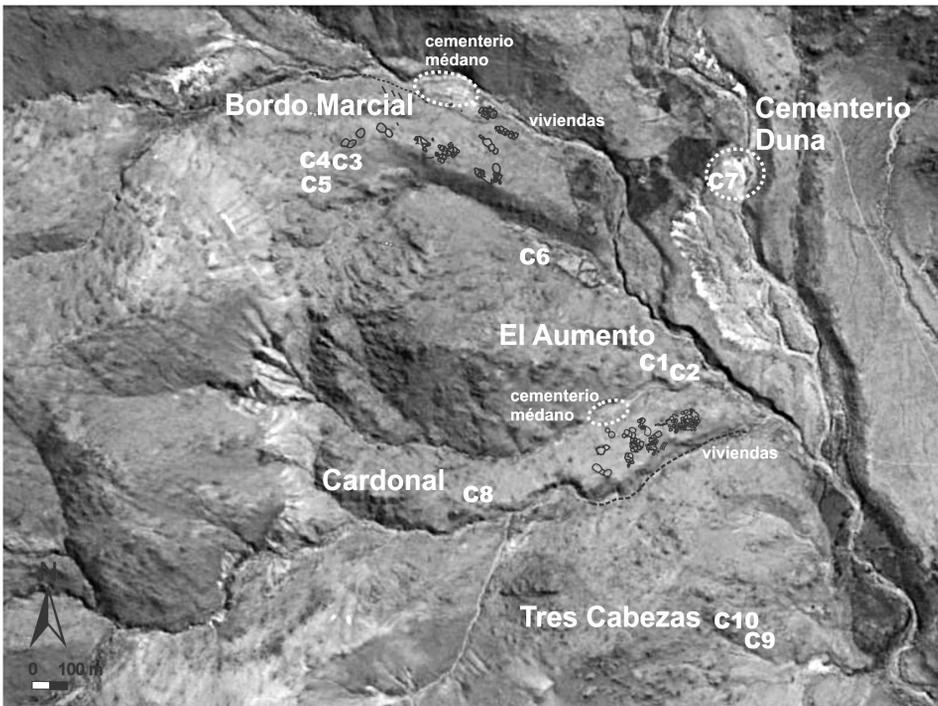


Figura 2. Ubicación de los sitios y contextos (C1 a C10) de la localidad de La Quebrada mencionados en el texto

Como se mencionó, los trabajos de campo desarrollados en los alrededores de ambos sitios han proporcionado un variado registro de las prácticas funerarias de momentos tempranos que carecían de antecedentes para la región sur del valle del Cajón. Desde el año 2004 hasta la fecha,

un total de diez enterratorios fueron detectados en un área de aproximadamente 5 km². Mientras que Cardonal y Bordo Marcial poseen fechados radiocarbónicos que los ubican entre 1800 y 1900 años AP (Scattolin 2010), las dataciones de los contextos funerarios demuestran que algunos de estos son eventos previos a la ocupación de estas aldeas y otros contemporáneos, mientras que la tumba más tardía posdata por varios siglos a ambos sitios.

El contexto más antiguo (C1) fue hallado en un sector de cárcavas, denominado El Aumento, al norte de la aldea de Cardonal (figura 2; tabla 1). Allí se recuperaron los restos de una mujer de unos 40-50 años de edad, fragmentados y deteriorados por estar parcialmente expuestos a la intemperie. Su análisis posterior determinó la ausencia de huesos desde la rodilla hacia abajo en el conjunto de partes esqueléticas identificadas³. No se detectó estructura ni objetos asociados. La datación por AMS arrojó un fechado de 6133 ± 66 años AP (AA87287; hueso), esto es, 5292 a 4851 años cal. a.C.⁴.

Tabla 1. Resumen de la información sobre los contextos recuperados.

Contexto	Sitio	NMI	Sexo estimado	Edad estimada	Materiales en asociación	¹⁴ C años AP
Contexto 1	El Aumento	1	femenino	adulto 40-50 años	-	6133 ± 66 (AA87287)
Contexto 2		1	masculino	adulto	-	3678 ± 39 3683 ± 58 (AA97850)
Contexto 3	Bordo Marcial (sector alto)	1	-	individuo 1: 8-12 años	cuenta de piedra y pendiente de cobre	3057 ± 50 (AA82257)
		3	-	individuo 2: adulto individuo 3: adulto? individuo 4: subadulto	-	-
		14	femeninos y masculinos	7 adultos	máscara antropomorfa de cobre	3001 ± 49 (AA82256)
Contexto 4		1	-	subadultos 4-5 años	cuentas de valva	2190 ± 48 (AA87293)
Contexto 5	Bordo Marcial (sector bajo)	2	femenino	adulto 20-25 años	-	2056 ± 48 (AA87286)
			-	subadulto ≈ 9 meses lunares		-
Contexto 6	Cementerio Duna	1	masculino	adulto 20-25 años	-	1915 ± 47 (AA87292)
Contexto 7	Cardonal (sector alto)	1	masculino	adulto 25-35 años	instrumentos de hueso	1326 ± 43 (AA82261)
Contexto 9	Tres	1	masculino	adulto 30-40 años	-	-
Contexto 10	Cabezas	1	femenino	adulto 25-35 años	-	-

Nota: no se especifica el sexo de los individuos en etapa de desarrollo –subadultos– en tanto se considera no estimable a partir de la morfología ósea

A pocos metros de aquel, se halló un segundo entierro correspondiente a un hombre adulto de edad madura, no estimable con mayor precisión (C2; figuras 2 y 3; tabla 1). El cuerpo, perfectamente articulado, había sido dispuesto en posición hiperflexionada, en sentido norte-sur (cabeza-pies) sin objetos o estructuras asociadas. Dos fechados radiocarbónicos de AMS arrojaron dataciones consistentes de 3678 ± 39 y 3683 ± 58 años AP (AA97850; hueso), 2207 a 1905 años cal. a.C., varios milenios más reciente que el anterior.



Figura 3. Contexto 2. Sitio El Aumento

Más tarde, hacia el 3000 AP, el sector alto de Bordo Marcial fue elegido para nuevos entierros. De allí provienen dos tumbas contiguas, constituidas cada una por una pared curva de piedras, pero simétricas y opuestas entre sí. La primera, fechada en 3001 ± 49 años AP (AA82256; diente), 1398 y 1058 años cal. a.C., correspondió a un entierro múltiple de al menos catorce personas, adultos de ambos sexos y subadultos (C3; figuras 2 y 4; tabla 1). Los restos humanos se encontraron desarticulados y mezclados entre sí, sin ningún orden aparente. No obstante, aun en ausencia de una pared que los contuviera hacia el este, estos se circunscribían a un área bien definida, lo que indica que debieron haber estado originalmente envueltos o contenidos en algún tipo de material que no se ha conservado. En asociación a los restos humanos se hallaba una máscara antropomorfa de cobre, que es hasta el momento el objeto más temprano de estas características para la región de los Andes Sur (Scattolin *et al.* 2007-2008, 2010).

El segundo entierro (C4; figuras 2 y 5; tabla 1) presentó características diferentes. En este caso los restos inhumados correspondieron a un niño de unos 8-12 años de edad, que fue dispuesto en posición extendida decúbito dorsal. Junto a él se hallaron un pendiente de cobre y una cuenta de collar cilíndrica de piedra. Este contexto fue fechado en 3057 ± 50 años AP (AA82257; hueso), 1432 a 1132 años cal. a.C., esto es, estadísticamente contemporáneo del anterior. Dispersos en el sedimento excavado se hallaron además algunos pocos restos fragmentarios aislados –una clavícula, algunas piezas dentales y un fragmento de mandíbula– correspondientes al menos a

otras tres personas, dos adultos y un subadulto. Es posible que los restos de estas personas hayan sido trasladados en algún momento anterior o posterior al entierro del niño, lo que denotaría el uso cíclico de este lugar para la inhumación.

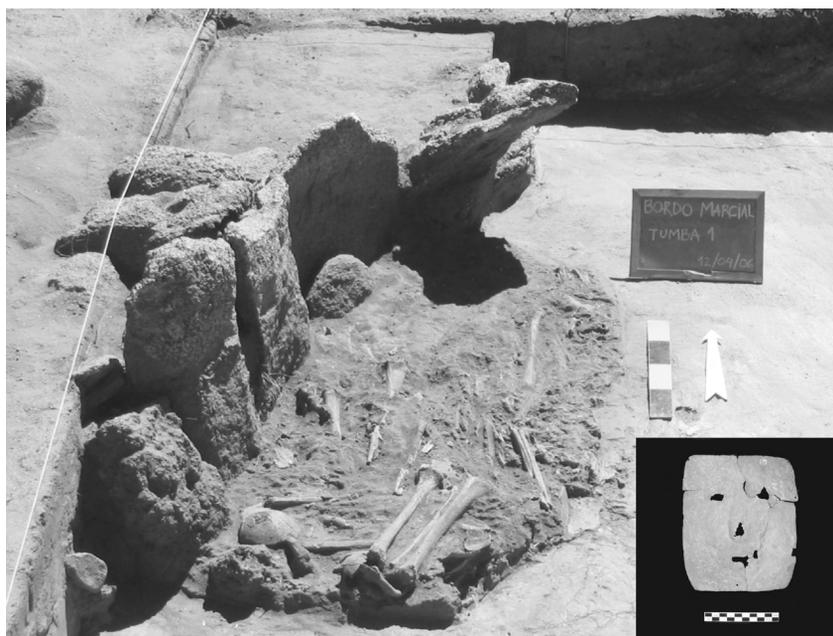


Figura 4. Contexto 3. Sitio Bordo Marcial

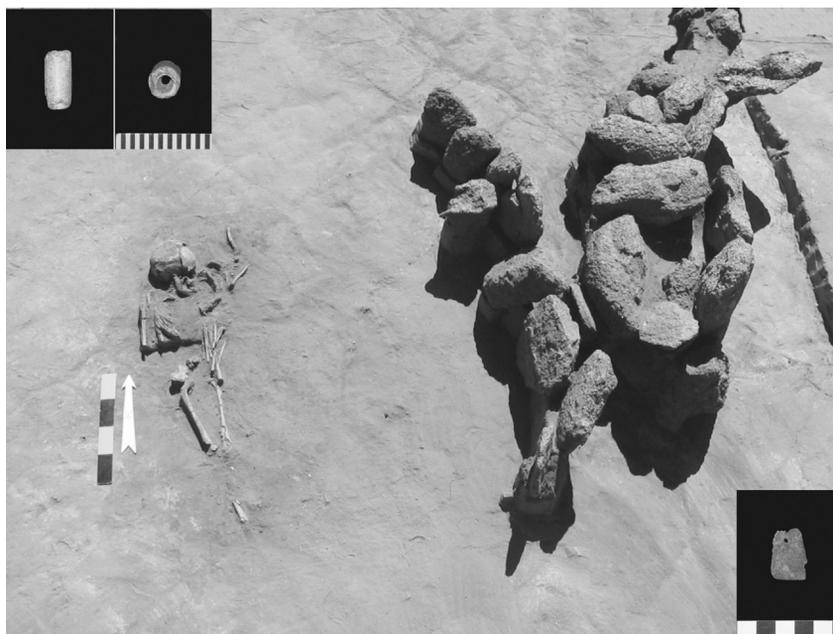


Figura 5. Contexto 4. Sitio Bordo Marcial (nótese la pared de piedras a la derecha correspondiente al Contexto 3)

Un milenio más tarde, el sector alto de Bordo Marcial continuó siendo utilizado para el entierro de los difuntos, tal como lo evidencia el hallazgo de un niño de unos 4-5 años de edad asociado a una urna de cerámica tosca fragmentada y a más de 1600 cuentas de valva (C5; figura 2; tabla 1). La datación por AMS arrojó un fechado de 2190 ± 48 años AP (AA87293; diente), 387 a 113 años cal. a.C.

Aproximadamente para la misma época, otro entierro fue depositado en lo que hoy es un sector de cárcavas al sureste de las estructuras habitacionales de Bordo Marcial. Los restos humanos –en muy buen estado de conservación– afloraban en el perfil de la barranca y parte de ellos habían caído hacia la base. No obstante, la excavación de rescate permitió establecer los límites de un pozo cavado en la tierra donde se depositó el cuerpo de una mujer de unos 20-25 años de edad (C6; figura 2; tabla 1), decúbito ventral, con las piernas flexionadas hacia el lado derecho. Su cráneo presenta deformación de tipo tabular erecta. A la altura de su vientre, se identificaron los restos de un bebé de unos 9 meses lunares, que indican que la mujer pudo haber estado embarazada o bien, que pudo haber sido enterrada con el bebé recién nacido. Ambos fueron cubiertos luego por al menos tres piedras oblongas dispuestas verticalmente. Ningún objeto se halló en asociación con los cuerpos. La datación obtenida fue 2056 ± 48 años AP (AA87286; hueso), 194 años cal. a.C. a 51 años cal. d.C.

No muy lejos de este lugar y equidistante de los sitios Cardonal y Bordo Marcial se halla una gran duna de arena fina y clara, en cuya superficie afloran continuamente restos de huesos humanos, cuentas de malaquita, tientos cerámicos de tipo fino gris pulido y tosco, muchos de ellos correspondientes a recipientes de dimensiones muy reducidas, e incluso fragmentos de oro y cobre. Denominado por nosotros Cementerio Duna⁵, este médano ha sido utilizado para el entierro de los muertos por lo menos desde 1900 años AP, esto es, contemporáneamente a las aldeas. De este lugar, que ha sido objeto de saqueos durante décadas, el único contexto excavado de manera sistemática corresponde a un rescate efectuado en 2009. Como resultado se recuperó el cuerpo de un hombre de unos 20-25 años de edad (C7; figuras 2 y 6; tabla 1). Había sido dispuesto en posición hiperflexionada, en sentido este-oeste, formando un paquete muy compacto, por lo que se estima debió haber estado atado o envuelto en algún tipo de material perecedero. Dos piedras grandes se apoyaron luego sobre su cuerpo, tapándolo casi en su totalidad. El contexto fue fechado por AMS en 1915 ± 47 años AP (AA87292; hueso), esto es, 32 años cal. a.C. a 224 años cal. d.C.

Varios siglos más tarde volvemos a encontrar evidencias del entierro de los difuntos, esta vez en el sector alto de Cardonal. Caminando algunos minutos en subida desde las estructuras de habitación, la formación natural del terreno delinea una pequeña área despejada de vegetación que forma un *balcón* natural hacia el oriente. Allí, se observó un leve montículo de piedras redondeadas dispuestas en hileras aproximadamente concéntricas que dejaban libre la parte central. Por debajo de la acumulación de piedras que formaban este rasgo, yacía el esqueleto de un individuo adulto de unos 25-35 años de edad tapado por algunas piedras que eran invisibles en superficie (C8; figuras 2 y 7; tabla 1). No se detectó ninguna señal de cavado intencional de un pozo; en cambio, el cuerpo había sido acomodado siguiendo las cavidades naturales de la roca base, utilizando sus depresiones a modo de fosa natural. El cuerpo se orientó en sentido este-oeste, decúbito dorsal, con las piernas flexionadas a la altura de las rodillas, y apoyadas en posición elevada sobre el afloramiento de la roca base. El brazo derecho se encontraba extendido al costado del cuerpo y el izquierdo, flexionado cruzado sobre el abdomen hacia el lado contrario. El esqueleto carecía de cráneo, mandíbula, las siete vértebras cervicales y la primera vértebra torácica. El resto de la columna vertebral y todo el esqueleto postcranial se encontraba totalmente articulado y en buen estado de conservación.

Dada la integridad del contexto, la articulación de todas las partes esqueléticas y el estado de preservación de los huesos, se interpretó la ausencia de cráneo y vértebras como resultado de una práctica intencional, y se descartó la acción de procesos postdeposicionales, tafonómicos u

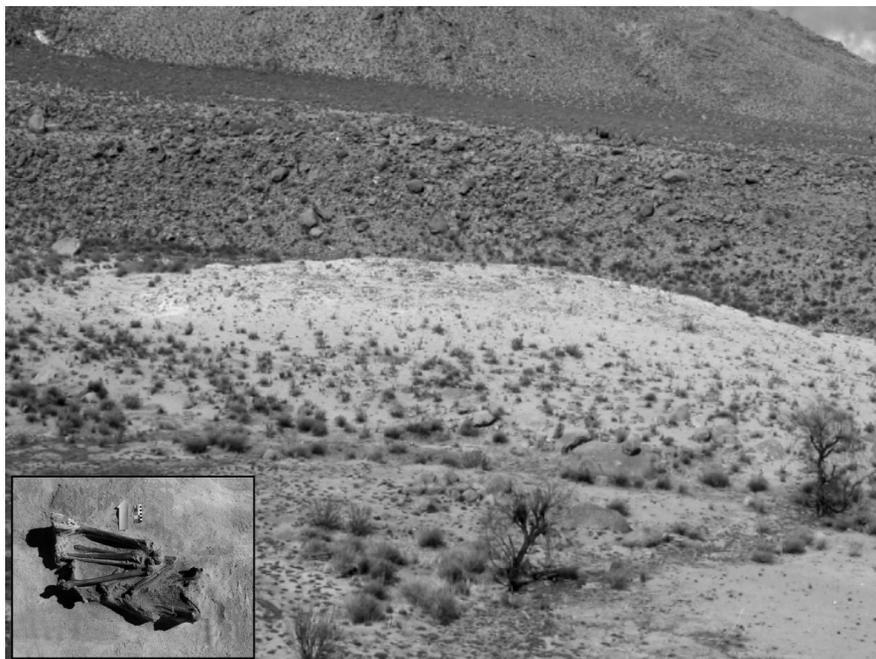


Figura 6. Contexto 7. Vista del Cementerio Duna y detalle del cuerpo excavado. Nota: por razones de integridad del contexto, el cráneo debió ser retirado previamente a la excavación del resto del esqueleto



Figura 7. Contexto 8. Sitio Cardonal

otras causas fortuitas. Asimismo, el hecho de que no se observara ninguna señal indicativa de la reapertura del contexto es evidencia de que este individuo fue enterrado aún con tejidos blandos y que la esqueletización fue un proceso posterior. Por tanto, se trata de un entierro primario, lo que indica que el cráneo, la mandíbula y las ocho primeras vértebras fueron removidos con anterioridad a su depositación en la tumba. Pese a que el estado de conservación general de los restos humanos es bueno, la porosidad del tejido óseo de las vértebras recuperadas impidió detectar algún tipo de marca que pudiera interpretarse como característica de una decapitación según la bibliografía específica (*e.g.* Tung 2008). Dos instrumentos confeccionados sobre metapodio de camélido se hallaron junto con el cuerpo, uno a la altura de la cavidad abdominal y el segundo sobre la cavidad torácica. Fechado en 1326 ± 43 años AP (AA82261), 638 a 777 años cal. d.C., esta es hasta el momento la evidencia de ocupación más tardía en el área de La Quebrada.

Recientemente, se ha identificado un nuevo sitio de entierros, distante solo dos kilómetros de las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial. Se trata de un área de barrancas formadas por la acumulación de sedimento acarreado por el agua, surcado por profundas cárcavas que corren en sentido oeste-este. Sobre la base de una de estas barrancas se detectaron dos cuerpos que afloraron tras el paso de la temporada de lluvias, hallándose parcialmente expuestos al momento de nuestra llegada. El primero de ellos correspondió a un hombre adulto de unos 30-40 años de edad, dispuesto en posición hiperflexionada, en sentido norte-sur, que guarda gran similitud en el gesto corporal con el individuo adulto masculino procedente de El Aumento antes descrito (C9; figuras 2 y 8; tabla 1). La excavación permitió detectar el cavado de una fosa –unos 3 metros por debajo de la superficie de la barranca actual– donde fue depositado el cuerpo; sobre este se depositaron al menos dos grandes piedras. Su cráneo presenta deformación de tipo tabular erecta.



Figura 8. Contexto 9. Sitio Tres Cabezas

El segundo individuo se halló a unos seis metros al oeste del primero, pero en este caso, los restos esqueléticos estaban dispersos sobre la ladera de la barranca, por lo que no fue posible establecer los límites de la tumba o la postura original del cuerpo. El análisis posterior determinó que se trataba de una mujer adulta de unos 25-35 años de edad (C10; figura 2; tabla 1). Ninguno de ellos presentó objetos u otros materiales asociados, y ambos se hallan actualmente en proceso de datación por AMS por lo que a la fecha no disponemos de evidencias que nos permitan aproximar su cronología.

LOS MUERTOS DE LA QUEBRADA: ELECCIONES SINGULARES Y TRADICIONES COMPARTIDAS

El paisaje actual de La Quebrada es evidencia de una larga historia de ocupación, de casi 5000 años, durante los cuales la gente que transitó y habitó este espacio eligió lugares y formas específicas para el entierro de sus muertos. La mujer de Cardonal (C1) fue enterrada en el sector bajo del cerro intermedio entre Cardonal y Bordo Marcial, cerca de la confluencia de los arroyos que los delimitan y desembocan el río La Quebrada. Este es el primer registro de la profundidad temporal de este paisaje. Su cuerpo es hasta ahora la única evidencia de restos humanos adscriptos al período Arcaico en el área de estudio –hacia el 5000 a.C.– de allí que el conocimiento sobre los estilos de vida de estos grupos al sur del valle del Cajón sea todavía incipiente. En La Quebrada no se han registrado aún indicios de asentamiento, tecnologías o de los recursos aprovechados para este momento; no obstante, la presencia de esta mujer es testimonio de la relevancia de este espacio en sus traslados regulares. La depositación de su cuerpo indica que La Quebrada debió ser un lugar incluido dentro de circuitos de movilidad estacional, al cual llegaban para asentarse de modo temporario, o bien que este era un lugar de paso que atravesaban en su camino hacia otras regiones. Recordemos que La Quebrada ocupa un sector estratégico que conecta espacios ecológicos disímiles –la Puna, los valles y la vertiente oriental andina–, ruta que es utilizada hasta la actualidad (Scattolin *et al.* 2009a).

En el Noroeste argentino, los contextos funerarios de época semejante son escasos. Huachichocana III (*ca.* 10000-8000 años AP), en la Puna septentrional, antecede en varios milenios a la mujer del Cajón. En esta cueva se registró la inhumación secundaria de un individuo adulto, con evidencias de reordenación de partes esqueléticas (Fernández Distel 1988 en Standen y Santoro 1994). En Peña de las Trampas 1.1, Antofagasta de la Sierra, se han detectado entierros secundarios de partes esqueléticas datados en *ca.* 8400 y 7800 años AP (Martínez y Aschero 2005 en Babot *et al.* 2009). En Inca Cueva 4, Puna de Jujuy, Torres de Aparicio recuperó en 1936 el cuerpo momificado de una joven mujer, ataviada con diversos materiales, que fue fechado en *ca.* 5100 años AP (Aschero 2007). En esta cueva se hallaron asimismo bolsas de cuero que contenían piernas humanas momificadas y un recipiente de madera con huesos largos “todos con aditamentos para ser transportados” (Aschero 2007:154). A una escala más amplia, en la región de Arica, el sitio Patapatane-1 ha proporcionado el registro de un contexto funerario del período Arcaico tardío de acuerdo a la secuencia del norte chileno. Se trata del entierro de una mujer joven, sin ajuar, fechada en 5910 ± 90 años AP, esto es, 3960 años calibrados a.C. (Standen y Santoro 1994), por tanto casi contemporánea de la mujer del Cajón. El cuerpo había sido también sometido a prácticas de remoción y relocalización de partes esqueléticas.

Carlos Aschero (2007) ha propuesto que las modalidades de entierros secundarios observados en la Puna argentina y el norte chileno responden a

partes de inhumaciones llegadas de otros asentamientos u ocurridas allí y preparadas para ser transportadas. Tienen que ver con este particular tratamiento de los muertos –que se

desplazan con los vivos, o que son cíclicamente mostrados entre los vivos— que conocemos entre los cazadores-recolectores de la Puna desde *ca.* 8400 AP (Aschero 2007:154).

En tal sentido, las prácticas de depositación y posterior reapertura de los entierros, selección de partes esqueléticas y transporte de restos humanos es una tradición de larga data en la Puna argentina y el norte de Chile (Aschero 2007; Babot *et al.* 2009). Evidencia de la perduración de este tipo de prácticas es el caso de Punta de la Peña 9, donde la evaluación de la dinámica de formación del depósito permitió identificar prácticas de reapertura de una estructura funeraria datada en 1240 ± 50 años AP, para “la extracción de partes óseas y materiales culturales” (Babot *et al.* 2009:197). Como mencionara anteriormente, en el caso de la mujer del Contexto 1, su cuerpo se halla incompleto, con ausencia de los miembros inferiores desde la rodilla hacia abajo. A la luz de los casos comentados, cabe la posibilidad de que este cuerpo haya sido objeto de prácticas intencionales de desmembramiento, fractura o remoción de partes óseas, por lo que se insertaría en una tradición compartida entre la Puna argentina y el Norte chileno. Sin embargo, el hecho de que casi la totalidad de los restos se hallaran expuestos a la intemperie al momento de su rescate, muy deteriorados por su exposición directa al sol y en estado altamente fragmentario, obliga a ser cautelosos sobre esta interpretación, en tanto no es posible establecer fehacientemente si dicha ausencia es producto de procesos postdepositacionales.

De manera notable, el segundo entierro hallado en el sitio El Aumento (Contexto 2), a escasos metros del ya mencionado, correspondió a un momento cronológico muy posterior, (*ca.* 3600 años AP). Hasta el momento existe un hiato en la información entre ambos momentos (6000-3600 años AP). Pero lo que resulta ineludible es la reiteración y persistencia en el uso de este lugar para la disposición de los difuntos, que de alguna forma reivindican la memoria mantenida a lo largo del tiempo, en los trayectos que son apropiados a través de las prácticas.

Dentro de este hiato existen evidencias provenientes de otros lugares como es el caso del sitio Quebrada Seca 3, también de la Puna meridional, lugar donde se halló un feto humano en fardo funerario fechado por asociación en 4510 ± 100 años AP (Aschero *et al.* 1991 en Olivera *et al.* 2003). Para la misma época que el Contexto 2 de El Aumento, en Agua Dulce, Salar de Pastos Grandes (Salta), se reportó el hallazgo de un hombre de unos 30 años de edad fechado en 3738 ± 46 años AP (AA66545) (López 2009). Al igual que en el caso de El Aumento, es un hallazgo a cielo abierto. El esqueleto se halló fuera de posición anatómica y carecía de cráneo. La asociación de una mandíbula con dientes fue interpretada como una depositación secundaria al contexto. Se recuperó asimismo un objeto confeccionado en roca calcárea no local, del que se infiere un uso ornamental. Un artefacto lítico de obsidiana inserto en la articulación distal del radio derecho fue interpretado como evidencia de situaciones de violencia (López 2009).

No es sino hacia los 3000 años AP que volvemos a encontrar evidencia en La Quebrada de la relevancia de ciertos sectores para la disposición de los cuerpos. Para este momento, el lugar elegido fue un sector prominente en lo alto de Bordo Marcial. Dos estructuras —correspondientes a los Contextos 3 y 4— fueron construidas entre unos 1400 y 1100 años a.C., muy probablemente en un lapso contemporáneo o de forma simultánea, y demarcaron de manera permanente este lugar.

Como se ha discutido en otro lugar (Cortés 2010), distintos aspectos materiales en estos entierros fueron empleados de maneras contrastantes y este carácter de oposición se estableció a distintos niveles: en la forma de las estructuras, en las posiciones dadas a los cuerpos y en las cualidades de los objetos asociados. La disposición simétrica, aunque exactamente inversa de las estructuras, instaura un primer nivel de oposición. Las paredes trazan cada una, una curva opuesta a la otra, conteniendo los cuerpos y a la vez separándolos. En un segundo nivel de oposición, la imagen especular que las estructuras reflejan continúa proyectándose al interior de cada tumba a través de los cuerpos. Su disposición es índice de otra simetría invertida, aquella que opera por anulación del gesto humano en el Contexto 3 (cuerpos desarticulados) y la preservación de

la postura anatómica del niño del Contexto 4 (cuerpo articulado). El tercer nivel de antítesis se establece a partir de las cualidades de los objetos asociados. En el Contexto 3, la supresión de la individualidad anatómica de los cuerpos contrasta con una única forma humana representada en los rasgos antropomorfos de la máscara (Cortés 2010).

Varios autores han destacado que la imagen antropomorfa del *ancestro* ha sido fundamental en la cosmovisión andina de épocas prehispánicas (Duviols 1979; García Azcárate 1996; Aschero 1999, 2007; Pérez Gollán 2000a, 2000b). Duviols (1979) planteó que los monolitos esculpidos o lisos fueron la expresión material de los ancestros tutelares o *huancas*, proceso al cual denominó *litomorfosis del ancestro*. Basándose en este autor, y al respecto de las máscaras de piedra de Condorhuasi-Alamito y Tafí halladas en contextos funerarios, Aschero ha propuesto que estas podrían actuar como *huauqui*, es decir “como íconos que apelan a los poderes del ‘doble’ del alma del ancestro fallecido” (Aschero 2007:149). Con referencia a los *suplicantes*, Pérez Gollán argumentó que estas esculturas son reconocibles en sus cualidades humanas a partir de sus características anatómicas, las que representan el gesto dado al difunto en el rito fúnebre andino y en tal sentido pueden entenderse como la expresión material de los antepasados y el ancestro mismo (Pérez Gollán 2000b). Elaborando sobre esta idea, Aschero los describió “como una metáfora visual del cadáver en su presentación entre los vivos” (Aschero 2007:149). En este sentido, se propuso pensar a la máscara antropomorfa –en tanto sujeto reconocible dentro del conjunto de los cuerpos indiferenciados– como la síntesis de esa comunidad de hombres y mujeres, niños, jóvenes y adultos. En otras palabras, la unicidad del gesto humano de la máscara podría pensarse como una metáfora de la comunidad allí enterrada. La humanidad de los antepasados ha sido disuelta en los cuerpos y reunificada en el metal. La máscara es, por tanto, el pasado mismo representado (Cortés 2011).

Estos niveles de contraste planteados para el Contexto 3 se refuerzan y se vuelven aún más significativos en relación con el contemporáneo Contexto 4. En este caso, la cuenta de collar y el pendiente reafirman la individualidad transmitida por el cuerpo articulado. No obstante, debe ser entendida en términos relacionales porque el significado de los objetos de uso personal se funda en la inclusión del individuo en su medio social (Brück 2004). En otras palabras, el pendiente y la cuenta son, a la vez, la expresión material del individuo como sujeto social y metáfora del grupo al que perteneció (Cortés 2010). De esta forma, la simetría y contraste que los cuerpos, objetos y estructuras efectúan en ambos contextos, pueden considerarse como dos caras complementarias de un mismo sistema de referencia, esto es, una misma lógica clasificatoria que admite ciertas formas y las expresa en términos opuestos. Ambas hablan en última instancia de un sistema de clasificación que reúne, a partir de una variedad infinita de posibilidades, formas que se oponen y se implican mutuamente (Cortés 2010, 2011).

El único antecedente publicado de una tumba formativa para el área de estudio es aquella que registrara Arena (1975) en Campo del Fraile, distante solo algunos kilómetros de La Quebrada. En ella se habían inhumado al menos doce individuos de distintas edades. Esqueletos parcialmente articulados se hallaban en el nivel más profundo y sobre ellos, huesos largos desarticulados. Una estructura de piedras dispuestas en forma oval contenía los cuerpos y cuatro vasijas de estilo Candelaria. Si bien no disponemos de mayores datos, la presencia conjunta de dos formas de disposición de los cuerpos indicaría que esta tumba habría sido utilizada para entierros tanto primarios (articulados) como secundarios (desarticulados), acción que probablemente haya implicado su reapertura en distintos momentos. En tal sentido, es significativo el hecho de que no exista “una correspondencia entre el número de cráneos y los demás huesos del esqueleto” (Arena 1975:52), situación que continúa poniendo en evidencia prácticas de remoción y/o selección de partes esqueléticas en este valle durante algún momento del período formativo.

Las prácticas que resultaron en la conformación del osario del Contexto 3 podrían de igual modo estar relacionadas con la reutilización de esta tumba, en tanto que con cada nueva disposi-

ción de un cuerpo, los entierros anteriores habrían sido removidos generando la desarticulación y fragmentación de los restos esqueléticos. Sin embargo, la representación de elementos óseos no es la que debiera existir si los cuerpos hubieran sido depositados con tejidos blandos, en cuyo caso esperaríamos encontrar una correspondencia entre las partes esqueléticas con mayor probabilidad de conservación y su representación, así como también algún grado de articulación entre las partes recuperadas. En cambio, no existen en este contexto huesos articulados y se evidencia la ausencia de elementos óseos con tejidos compactos (tales como calcáneos, por ejemplo) que debieran tener mayor probabilidad de conservación frente a otros de textura más porosa que, sin embargo, sí se han conservado. Por tanto, todo indica que esta particular configuración es el resultado de una práctica de entierro secundario, esto es, que los cuerpos ya esqueléticos (o partes de ellos), fueron transportados desde otro lugar y enterrados conjuntamente en esta tumba.

Asimismo, la distribución de los restos humanos en este contexto –muy bien circunscriptos a una pequeña área, sin hallarse limitada por la construcción de una estructura cerrada– sugiere que los restos pudieron estar envueltos o contenidos por algún tipo de tejido o cuero. Por su parte, la presencia de restos aislados de al menos otros tres individuos junto al entierro del niño del Contexto 4 podría estar relacionada con el uso cíclico de este lugar para entierros y los otros cuerpos podrían haber sido trasladados en algún momento anterior o posterior al del niño.

Como se mencionó, las prácticas de depositación, reapertura de las tumbas y transporte de restos humanos han sido una tradición regional compartida por lo menos desde 8400 años AP (Aschero 2007). Las características de los Contextos 3 y 4 de Bordo Marcial dan sustento a esta hipótesis, a la vez que insertan a los grupos que enterraron a sus muertos hace tres mil años en este lugar en el marco de una tradición compartida –aunque con variantes locales– de dichas prácticas.

Tal es el sentido que Aschero ha propuesto en su interpretación de los hallazgos efectuados en la Cueva Cacao 1A, Antofagasta de la Sierra, un contexto formado por dos trenzas de cabello humano, un par de sandalias de cuero de camélido y un sonajero de calabaza fechados en 3000 ± 80 años AP (pelo humano) y 2870 ± 40 años AP (sandalías) (Olivera *et al.* 2003), esto es, exactamente contemporáneo de los contextos de Bordo Marcial. Este particular conjunto se trataría de una variante dentro de un mismo sistema ritual que “entierra, desentierra, selecciona y lleva, dejando (¿intencionalmente?) partes esqueléticas u objetos, [...] repitiendo con esto prácticas de larga data” (Aschero 2007:156).

A la variabilidad regional de esta tradición compartida, se suman otros ejemplos además del ya citado publicado por Arena (1975). Tal es el caso del bebé de Punta de la Peña, en la región de Antofagasta de la Sierra, un fardo funerario que presentaba un arreglo particular de tientos retorcidos de cuero que habrían hecho las veces de manijas para transportarlo. La paja sobre la que se apoyaba el fardo fue fechada en 3630 ± 150 años AP (Aschero *et al.* 2002), mientras que una muestra de hueso humano ubicó temporalmente a este hallazgo en 3210 ± 50 años AP (Aschero *et al.* 1999 en Olivera *et al.* 2003). Aunque escasos, estos registros a escala regional muestran similitudes en las prácticas asociadas al transporte y remoción de restos humanos en distintas partes del Noroeste argentino. A una escala más amplia, otras evidencias de contextos funerarios contemporáneos han sido reportadas en Tulán-85, San Pedro de Atacama, donde se localizó un área de inhumaciones fechada en 3150 ± 50 años AP (Núñez 1992).

Algo más tardíamente, algunos de los rasgos presentes en los Contextos 3 y 4 de Bordo Marcial se encuentran representados en una misma tumba de la localidad de Azampay, valle de Hualfín. Formada por dos líneas de lajas paralelas, contenía la inhumación de un niño con una máscara antropomorfa de piedra apoyada sobre su cráneo y una mujer adulta a su lado. El contexto posee un fechado de 2490 ± 60 años AP (Sempé *et al.* 2005), esto es, de algún momento entre 800 y 400 años cal. a.C. Azampay y Bordo Marcial son asimismo dos casos, entre otros, de una elección singular, la de construir estructuras funerarias formadas únicamente por hileras

de piedras. Vale decir, que no constituyen una forma cerrada que delimite la disposición de los restos. Otros ejemplos de esta particular configuración de las estructuras funerarias han sido documentados por Methfessel “cerca de la Loma Rica” o “cerca de Andalgalá”, Catamarca. En su libreta de campo registra varios casos de inhumaciones en las cuales los cuerpos habían sido separados unos de otros por hileras rectas de piedra (Ten Kate 1896:8).

Siguiendo la línea cronológica de los hallazgos efectuados en La Quebrada, años más tarde la cima de Bordo Marcial, donde se hallaron los Contextos 3 y 4, continuó siendo el lugar elegido para el entierro de los muertos. Así lo testimonia el niño que fue depositado en una vasija de cerámica, ataviado con miles de cuentas de collar blancas, en algún momento entre los siglos II y IV a.C. (Contexto 5). La asociación de niños, vasijas y cuentas de collar ha sido una tradición largamente compartida en distintas regiones del Noroeste argentino. Las cuentas de collar se encuentran entre el segundo tipo más frecuente de hallazgo en enterratorios del período Formativo (Cortés 2005); las de materia prima lítica son las más frecuentes en los valles y las de valva, en la vertiente oriental andina (Rydén 1936; Martínez Soler 1958-59; Heredia 1971; Ortiz 2003). Estos ítems de adorno, enhebrados en collares o cosidos a las prendas de vestir, son de los escasos indicios que tenemos de las antiguas vestimentas. Ejemplos etnográficos de estos usos han sido documentados por von Rosen (1901-1902) y Palavecino (1933).

Para la misma época en que el niño en urna había sido depositado en la cima de Bordo Marcial, entre el siglo II AC y el I d.C., una joven mujer y su bebé fueron enterrados en la ladera opuesta a dicho bordo (Contexto 6). El lugar elegido para el entierro se traslada nuevamente en esta época al sector bajo del paisaje. La inhumación implicó el cavado de un pozo y la disposición de la mujer con sus piernas flexionadas. Es posible que haya estado en los últimos meses de embarazo, o bien que hubiera sido enterrada con su bebé recién nacido. El pozo fue rellenado con un sedimento fino y por sobre los cuerpos se dispusieron varias piedras en posición vertical para demarcar el lugar.

De un momento contemporáneo, se conocen lugares de enterratorio en el área de Cachi, al norte del valle Calchaquí, la mayoría de los cuales, sin embargo, permanecen aún sin publicar en detalle. Entre ellos, el cementerio Salvatierra presenta un patrón muy particular de construcción de las tumbas consistente en la disposición de lajas en “forma prismática” para formar las paredes, y otras para tapar cada estructura. Se excavaron más de sesenta tumbas que contenían adornos de oro, cuentas de collar y botellones negros bruñidos. Una de estas tumbas fue fechada en 2205 ± 140 años AP (Tarragó 1996:110). En el área circundante, también se detectaron otros cementerios –Potrero Gutiérrez y Jaime– de los cuales tampoco hay mayores datos publicados. No obstante, de acuerdo con las características del estilo de algunos de los objetos asociados, se han planteado relaciones de ambos con Tebenquiche, y con Salvatierra, Campo Colorado y Taffí, para el segundo caso (Tarragó 1996).

Hacia 2000 años AP, esto es, en un momento contemporáneo de los Contextos 5 y 6 de Bordo Marcial y Salvatierra, en la Quebrada del Toro se registran varios cementerios emplazados por fuera del perímetro de las aldeas (Las Cuevas, Potrero Grande, Las Minas). Asimismo, se registra otra modalidad de entierro que hasta este momento no había sido observada en la región, la de tumbas construidas por debajo del piso de patios centrales (Cerro el Dique, Las Cuevas, Las Capillas) (Raffino 1977). De estos, el sitio que presenta las dataciones más tempranas es Las Cuevas; en sentido amplio, la aldea puede ubicarse cronológicamente entre el 600 a.C. y el 400 d.C. (Cigliano *et al.* 1972).

Sabemos que las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial estuvieron habitadas entre 1800 y 1900 años AP, en parte contemporáneas del fechado más temprano de Las Cuevas, y no tan alejadas en el tiempo de los Contextos 5 y 6. Así también, en este mismo momento, las zonas bajas de las terrazas de Cardonal y Bordo Marcial continúan siendo elegidas para el entierro de los muertos, pero esta vez, hacen uso de las áreas medianosas de la gran Duna y los cementerios adyacentes a las aldeas

de Cardonal y Bordo Marcial. A juzgar por las evidencias mencionadas, con el establecimiento de modos de vida menos móviles asociados al período Formativo en el Noroeste argentino, se comienzan a poner de manifiesto sectores de cierta extensión para la ubicación de los muertos. Con el tiempo estos se van constituyendo en lo que hoy denominamos cementerios.

Emplazado en el bajo y equidistante de ambos sitios, el Cementerio Duna se recorta por el paso del río La Quebrada. Sabemos que una gran cantidad de personas fueron enterradas allí, aunque no contemos con registros sistemáticos de su ocurrencia. Entre ellos, el hombre joven del Contexto 7 fue dispuesto entre la arena fina sin objetos asociados, en algún momento entre los siglos I a.C. y II d.C. Su posición hiperflexionada hace pensar que muy probablemente haya estado atado o envuelto en algún material perecedero (¿cuero, tela, estera?), para mantener la postura compacta –el gesto contraído– en el que fue hallado. Todo lleva a pensar que los cementerios emplazados en las áreas medanosas al norte de Cardonal y Bordo Marcial (figura 2) estuvieron en uso contemporáneamente a dichas aldeas y al Cementerio Duna. Las evidencias en superficie son idénticas en los tres arenales: cuentas de collar de malaquita de distintos tipos y formatos, fragmentos de hueso humano y tuestos afloran en la arena entre acumulaciones dispersas de rocas, indicio de antiguas estructuras y evidencia del saqueo sistemático que sabemos afectó por mucho tiempo a estos lugares.

La asociación de los muertos con las áreas medanosas no es exclusiva de La Quebrada. Las evidencias señalan que esta fue una práctica recurrente durante el período Formativo y, en tal sentido, sostengo que la cualidad de los arenales fue ponderada como altamente significativa en el pasado prehispánico al sur de los valles Calchaquíes. En su paso por la falda occidental del Aconquija durante los años 1922-1924, Weiser registra en distintas localidades numerosos cementerios y tumbas aisladas asignables al período Formativo (Weiser 1922-1924; Scattolin 1986). Como se destacó en otro lugar, notablemente, varias de las menciones que Weiser deja registradas en sus diarios y libretas de campo hacen referencia al emplazamiento de las tumbas en terrenos medanosos (Cortés 2012). Las descripciones de Weiser plantean similitudes claras entre el cementerio formativo de Tesoro Alto, el Cementerio Duna y los cementerios de Cardonal y Bordo Marcial, todos los cuales además, estuvieron en uso en momentos contemporáneos. De la misma manera que las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial comparten recursos estilísticos con áreas vecinas que se pueden ver a la distancia, como Cerrillos, Tesoro y otros sitios de la falda, las similitudes formales en las prácticas funerarias son otra evidencia de una manera de hacer las cosas, de estilos y materiales que trascienden los espacios, y nos hablan de hábitos y tradiciones compartidas, de “estilos como recursos” (Scattolin 2007b:305) compartidos a través del paisaje, conectando regiones distantes.

No obstante, las prácticas funerarias de estos momentos muestran otras costumbres a nivel regional. Así por ejemplo, el hallazgo reciente de enterratorios de niños en el valle de Santa María comenzó a llenar un vacío de información de este valle en momentos tempranos, *ca.* 2000 AP. Se trata del sitio Soria 2, fechado en 1940 ± 80 años AP, entre 103 a.C. y 10 años cal. d.C. (Palamarczuk *et al.* 2007). Aquí se detectaron tres entierros de subadultos dentro de recintos de habitación. Al norte del valle Calchaquí, la aldea de Campo Colorado también proporcionó evidencias funerarias datadas en 1895 ± 70 años AP, esto es, 50 a.C. –330 años cal. d.C.–. Las inhumaciones se ubicaban por debajo del piso de los recintos habitacionales y en un cementerio adyacente al sector norte del poblado (Tarragó 1980, 1996).

Entre los siglos IV y VI d.C., desconocemos aún cuáles habrían sido las modalidades funerarias que se sucedieron en la trayectoria histórica de La Quebrada. No obstante, las evidencias de otras áreas nos permiten trazar un panorama regional para este momento. Los entierros de Alamito, por ejemplo, de adultos y niños dispuestos en el interior de pozos bajo el piso de las habitaciones, coexisten con hallazgos de partes esqueléticas en otros sectores del sitio que hablan de prácticas diferenciales en el tratamiento de los restos humanos (Núñez Regueiro 1998).

Los sepulcros Ciénaga excavados por Weiser entre 1926 y 1928 fueron ubicados por González y Cowgill (1975) entre el 300 y 600 d.C. Proviene de catorce cementerios donde los adultos se dispusieron en pozos cilíndricos y en líneas de piedras, acompañados de vasijas cerámicas, adornos de metal, piezas líticas. Los niños en cambio, se inhumaron en urnas (González 1955). Hacia el este, en el sitio Quebrada de los Corrales, abra del Infiernillo, se halló el entierro en cista de un hombre adulto acompañado por dos vasijas asignadas al estilo Candelaria y Tafí (Oliszewski *et al.* 2010). En La Candelaria, yungas orientales, la tradición de entierro consistía en inhumaciones de adultos y subadultos en urnas, algunas de las cuales contenían vasijas, cerámicas y carbones, como es el caso de El Algarrobal, *ca.* 1550 ± 35 años AP (Heredia 1971). También Rydén, en su paso por La Candelaria durante la década de 1930 detecta modalidades similares de entierro, cuyos fechados se extienden entre *ca.* 1600 y 1200 años AP (Rydén 1936; Fasth 2003).

Volviendo al área de La Quebrada, un nuevo entierro registrado en la larga trayectoria de este paisaje vuelve a ocupar el área alta de la terraza de Cardonal. Unos quinientos años después de la ocupación de los cementerios y de las viviendas de Cardonal y de Bordo Marcial, en cierto momento entre siglos VII y VIII d.C., el cuerpo de un hombre adulto sin cabeza fue deslizado al fondo de una grieta de la roca madre, como si lo hubieran acomodado cuidadosamente a su forma para fusionarse con ella (Contexto 8). En tal sentido, el gesto que le fue dado se adecua a la forma del cerro, y no a la inversa, como podría implicar el cavado de una fosa.

Anteriormente se destacó la tendencia observada por otros investigadores respecto de una práctica de larga data en el tratamiento de los muertos compartida en el Noroeste argentino y en distintas regiones de los Andes del sur, aquella que implica la remoción de partes esqueléticas así como su disposición en posiciones no anatómicas. Entre estas, una práctica recurrente ha sido el entierro de individuos sin cráneo o de cráneos aislados del esqueleto postcraneal. Según la literatura arqueológica, existen al menos tres variantes de esta práctica: en algunos casos, el cráneo ha sido depositado por fuera de las estructuras que contienen a los individuos decapitados; en otros, como es el caso del Contexto 8, solo el esqueleto postcraneal se halla enterrado, sin registros del cráneo al menos en las inmediaciones del cuerpo; mientras que una tercera variante es la depositación de cabezas aisladas sin restos del esqueleto postcraneal.

Para la misma época del entierro de Cardonal, en el cementerio Aguada Orilla Norte del valle de Hualfín se inhumaron individuos siguiendo las tres variantes antes mencionadas. Estas prácticas han quedado registradas en las libretas y diarios de campo de Weiser (Sempé y Salceda 2005). Las autoras mencionan que este particular tratamiento de los cuerpos estaría asociado a la profusa representación iconográfica del *sacrificador* en la cerámica funeraria de estilo Aguada, asociación que, postulan, sería evidencia “de sacrificios humanos en la cultura de la Aguada” (Sempé y Salceda 2005:54). Como ha sido largamente reconocido, el tema del *sacrificador* es notablemente ubicuo en los estilos cerámicos Aguada de esa época. Este personaje ha sido interpretado como la representación del poder de la autoridad de los señoríos durante el período que algunos autores refieren como de *Integración Regional* (Pérez Gollán 2000b). Asimismo, la imagen del *sacrificador* es uno de los íconos principales en el conjunto de representaciones de los estilos Tiawanaco y Wari en los Andes del centro y sur, que incluyen también al personaje de los dos cetros, personajes alados, llamas acollaradas, felinos con fauces y otros seres fantásticos (Llagostera 2006).

Cierto es que el hallazgo de individuos sin cráneo ha dado lugar a variadas interpretaciones según sus contextos de ocurrencia. Por ejemplo, un paquete funerario que contenía el esqueleto postcraneal de una mujer adulta que fuera incluido en la pared de un recinto en Palo Blanco, valle de Abaucán, y adscripto a “la cultura Saujil (190-600 d.C.)” fue considerado “evidencia de una ofrenda propiciatoria” en el momento de contacto intercultural Aguada-Saujil-Ciénaga (Sempé y Salceda 2005:56). En Barrealito de Azampay, valle de Hualfín, el hallazgo de un neonato bajo el piso de un recinto fechado en 1430 ± 60 años AP se menciona como una “ofrenda humana” en el período de contacto Ciénaga-Aguada (Sempé y Salceda 2005:56). En el valle de Ambato,

se han dado hallazgos similares. Numerosos son los contextos que han provisto evidencia de prácticas relacionadas con el desmembramiento, fractura y quemado de partes esqueléticas. En el sitio Martínez 4, que probablemente sea anterior a la plena vigencia de Aguada en dicho valle, se hallaron restos fragmentados y quemados de al menos siete individuos, adultos y subadultos, dispersos en el piso de ocupación y en el material de relleno. Se destaca además la “ausencia de tejido esponjoso en varios de los huesos largos”, así como posibles indicios del *uso* de ciertas partes esqueléticas (Baffi y Torres 1996:59). Por su parte, Pérez Gollán afirma que la presencia de huesos humanos fragmentados en el relleno del montículo principal de la Iglesia de los Indios indicaría que este estaba destinado a la realización de sacrificios (Pérez Gollán 2000b).

En La Rinconada, Gordillo y Solari (2009) informan acerca de la recurrencia de cráneos y mandíbulas –mayormente fragmentados– hallados en distintos sectores de los pisos de ocupación de recintos habitacionales y de patios, y la paralela ausencia de restos del esqueleto postcraneal. Interpretan esta evidencia “como resultado de la separación deliberada de la cabeza (¿peri o postmortem?) y la voluntad efectiva de su conservación dentro del ámbito de la vida cotidiana” (Gordillo y Solari 2009:49). Resulta interesante destacar que en la evaluación que las autoras hacen del conjunto de las evidencias para el valle de Ambato, de manera cautelosa y previo a la interpretación de los contextos estudiados, ellas clasifican las modalidades observadas en el tratamiento de los muertos en términos de “prácticas mortuorias con entierro” y “prácticas mortuorias sin entierro”, las primeras corresponden a entierros en sitios habitacionales y las segundas, a la presencia de partes esqueléticas dispersas sobre los pisos de habitación o en los rellenos de estructuras, como las anteriormente mencionadas (Gordillo y Solari 2009:46). En tal sentido, ambas situaciones son interpretadas como dos variantes dentro de un mismo sistema clasificatorio (el de las prácticas mortuorias), distanciándose así de otras interpretaciones que directa o indirectamente asocian de manera invariable el segundo tipo de registro a una práctica de *sacrificio* u *ofrenda ritual* (esto es, incluida en una categoría diferente a la de las *prácticas funerarias*). En otros términos, una categoría que engloba lo que es diferente de lo esperado. Al respecto, las autoras apuntan que:

Debido a la influencia de la impactante iconografía Aguada, especialmente la imagen del *sacrificador* y de las cabezas cercenadas, los hallazgos de restos óseos humanos fragmentados encontrados en estructuras monticulares o dispersos sobre los pisos de ocupación de unidades residenciales, han sido muchas veces interpretados como evidencia de sacrificios rituales humanos (González 1961/64, 1983, 1998; Juez 1991; Herrero y Ávila 1991). (Gordillo y Solari 2009:47).

Argumentan, de manera pertinente, que la asignación de estos particulares contextos a prácticas “de sacrificios humanos rituales” debe ser tomada con cautela en tanto los restos humanos podrían haber sido sometidos a diversos tratamientos postmortem, tales como prácticas funerarias de tipo secundario, ofrendas, reliquias o canibalismo, así como ser parte de desechos producto de descarte, limpieza y traslado, o exhibir los efectos de factores postdepositacionales. Concluyen, por tanto, que si bien la iconografía Aguada expresa claramente “la idea del sacrificio humano”, la evidencia bioantropológica no permite inferir indiscutiblemente “esa acción intencional de matar a un individuo por motivos político-religiosos.” (Gordillo y Solari 2009:49).

A una escala más amplia, en el norte de Chile se ha reportado el hallazgo de un cementerio en Chorrillos, en las inmediaciones de Calama, “perteneciente a la época de Tiahuanaco y a la epigonal siguiente” donde se excavaron 26 sepulturas, de las cuales “una buena proporción de los esqueletos (...) carecía de cabeza y los cráneos no aparecían en ninguna parte” (Latham 1938:57-58; Oyarzun 1940). La misma situación se registra Chiu-Chiu, San Pedro de Atacama y Guayacán, cerca de Coquimbo.

Se ha planteado que la influencia Tiawanaco en el Noroeste argentino llegó a través del norte de Chile, específicamente de San Pedro de Atacama, y culminó en la formación de Aguada (González 1998). Posteriormente se propuso un origen autóctono para el fenómeno *Aguada* (Pérez Gollán y Heredia 1990; Pérez Gollán 1991; Tartusi y Núñez Regueiro 1993) contrarrestando “el sesgo difusionista de las interpretaciones que lo derivaban de Tiawanaku” (Scattolin 2006b:360). Como alternativa, se argumentó sobre la existencia de “una ideología y una religión compartidas” (Scattolin 2006b:360) desde el Titicaca hasta Catamarca, cuyo foco se estableció en el valle de Ambato, desde donde habrían circulado el estilo iconográfico y la *ideología* de Aguada integrando otras regiones del Noroeste argentino y San Pedro de Atacama.

Si bien la iconografía del *jaguar* y del *sacrificador* fue un recurso usado y reproducido repetidamente en la región central del Noroeste argentino ca. 600-1000 d.C., esta situación en sí misma no habilita a trasladar de manera automática los procesos acontecidos en tales regiones y las interpretaciones estilísticas sobre el *decapitado* de Cardonal. Por un lado, tal como se ha expuesto más arriba, el desmembramiento, reordenación y manipulación secundaria de los restos humanos es una práctica de larga data en el Noroeste argentino y en los Andes en general. Además de los casos antes mencionados, y a propósito del tratamiento dado a los cráneos en particular, podemos mencionar el hallazgo de una cabeza aislada de una mujer adulta con deformación anular, ataviada con una peluca con doce trenzas y un gorro tejido hallada en el sitio Morro Ciénago Chico, en Susques, fechada en 2556 ± 90 años AP (Yacobaccio *et al.* 2001), esto es, un milenio antes de las prácticas relacionadas con la esfera de influencia Tiawanaco-Aguada.

Por otro lado, tal como Scattolin (2006a, 2006b, 2007a) ha discutido, los procesos ocurridos en el valle de Ambato, y sobre todo los derivados de interpretaciones iconográficas, no pueden ser generalizados a la totalidad del Noroeste argentino, donde otras trayectorias históricas estaban desarrollándose en tales momentos:

En pocas palabras, se sobreentiende que, antes de 1000 DC, el valle de Santa María estuvo sucesivamente ocupado por las *culturas Condorhuasi, Ciénaga y Aguada*, representadas por sus estilos homónimos (González 1963). Y se tiende a suponer que los cambios en la cultura material del valle son consecuencia de los mismos procesos ocurridos fuera de él. Pero esta transferencia del modelo cultural y cronológico de Hualfín no hay que darla por supuesta, hay que investigarla (Scattolin 2006b:121).

Asimismo, no debemos desestimar el hecho de que estas prácticas *conviven* con una diversidad de tradiciones funerarias registradas para la misma época en distintas regiones del Noroeste argentino. En tal sentido, podemos mencionar los casos de El Bañado-La Vaquería, un entierro en urna del fondo de valle de Santa María de dos niños junto a una jarrita antropomorfa de estilo Candelaria y una cuenta de collar fechado en 1375 ± 70 años AP (Tarragó y Scattolin 1999; Cortés 2005; Scattolin *et al.* 2005). En la vertiente oriental, el sitio Tafi Sitio 4 ha proporcionado evidencias de cistas de piedra con esqueletos de adultos y entierros de niños en urnas, vasijas de estilo Candelaria y algunas piezas de estilo Ciénaga (González y Núñez Regueiro 1962), a los que se asocia un fechado de 1375 ± 70 años AP (González 1962). En la región de La Candelaria, continuaban las modalidades de entierro en urna registradas por Rydén (1936), así como una gran variabilidad de modos de entierro de adultos y subadultos en urna, en cista, directos e incinerados con variados ajuares como los que fueron hallados en las serranías de Las Pirguas (Aparicio 1941; González 1972; Baldini y Baffi 1996; Baldini *et al.* 1998, 2003). En síntesis, y retomando la evidencia del hombre sin cabeza de Cardonal, el punto no es desatender la posibilidad de prácticas de sacrificio, sino antes bien evaluar el conjunto del contexto sin limitarse a interpretar la ausencia de cráneo en términos de una *mayor ritualidad* (en el sentido más abarcativo y por tanto menos explícito de la palabra), en contraste con otros entierros de individuos anatómicamente íntegros.

No podemos ciertamente asumir que los cuerpos en estado de integridad anatómica no hubieran sido asimismo objeto de otros tratamientos o manipulaciones.

Viene a colación aquí lo planteado por Bradley (2005) respecto de la mayor significación o el carácter diferencial que siguen al hallazgo de evidencias asociadas a la vida cotidiana en contextos caracterizados como *rituales*, en contraposición a las interpretaciones de orden funcionalista que se aplican cuando estas son halladas en contextos domésticos. En la misma línea de pensamiento, y más allá del acto mismo de decapitación, Gordillo y Solari (2009) han dado un giro a las interpretaciones del hallazgo de cabezas aisladas en La Rinconada, enfatizando, como un factor ineludible, que estas se hallaran dentro del ámbito de la vida cotidiana, como mencioné anteriormente. Resta aún mayor investigación sobre los últimos dos contextos (9 y 10) recientemente recuperados para continuar trazando la historia del paisaje en La Quebrada y cómo estos eventos instauran y conectan este lugar con otras regiones del Noroeste argentino.

REFLEXIONES FINALES

A través de los cuerpos, el paisaje de La Quebrada delinea la historia de las personas que lo han transitado por más de 5.000 años. El paisaje por tanto, refiere a los muertos y estos se definen a partir de aquel. En tal sentido, la mirada sobre el paisaje no necesariamente debe ser aquella que distingue sitios domésticos/sitios rituales de manera tajante; estos han conformado parte de un todo indisoluble donde vida y muerte cohabitan un mismo espacio. Es en cambio, un marco integrador que permite unir acciones humanas y actividades que usualmente asumimos como categorías separadas.

Optando por una perspectiva histórica, el relato de los hallazgos en el área sur del valle del Cajón nos acerca a pensar en el propio pasado de aquellos que lo han habitado. En tal sentido, es factible pensar que, a lo largo del tiempo, el entierro de los muertos prefiguró la ocupación posterior del espacio, así como la disposición de nuevos cuerpos en el paisaje, redefiniendo de esta manera los lugares y los caminos transitados, en otras palabras, influyó en las decisiones y acciones de las generaciones que se sucedieron en la ocupación del valle.

Desde una mirada actual, La Quebrada es inseparable de los cuerpos que allí fueron depositados, como puntos de referencia ineludibles. Ellos se funden con otras evidencias, las de las actividades domésticas, dando forma a la historia del habitar. El entierro de la mujer arcaica demuestra la valoración que le fue dada a este lugar, donde grupos cazadores-recolectores establecieron un *punto fijo* dentro de sus circuitos de alta movilidad, acción que se vuelve especialmente significativa si la consideramos en el marco de una larga tradición compartida, aquella de manipular los cuerpos de sus difuntos para hacerlos transportables y volverlos, de tal manera, parte de sus trayectos cotidianos. La disposición de este cuerpo, por tanto, marcó un lugar estable en sus propias memorias y en la memoria del paisaje. Este espacio fue posteriormente resignificado por las primeras sociedades productoras de alimentos que dispusieron a sus muertos en la cima de Bordo Marcial. En tal sentido, eligiendo uno de los puntos prominentes del espacio, efectuaron una primera separación de aquellas poblaciones que los antecedieron. A través del tiempo volvemos a ver una ocupación de los sectores bajos, y en particular de los arenales, por las sociedades plenamente establecidas en las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial. Posteriormente, tal como dos mil años atrás había sucedido en Bordo Marcial, un cuerpo vuelve a ser depositado en la cima, en este caso, de Cardonal. De esta manera, a lo largo de casi 5000 años, los muertos han jugado un rol fundamental en la apropiación de los lugares y materias para disponer los cuerpos, resignificando la historia previa para construir la propia.

AGRADECIMIENTOS

A la comunidad de La Quebrada por su generosidad y hospitalidad durante nuestras labores de campo. A Cristina Scattolin, directora del equipo al cual pertenezco, por sus enseñanzas e incansable apoyo a lo largo de los años. A Inés Baffi y Mariza Lazzari quienes colaboraron en el desarrollo de esta investigación. Al CONICET, institución a la que pertenezco y a los directivos del Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”. Las tareas de campo fueron realizadas con fondos de ANPCyT y CONICET. Agradezco a los dos evaluadores anónimos cuyos comentarios y críticas fueron de gran ayuda en el mejoramiento de este trabajo. Los errores son mi exclusiva responsabilidad.

NOTAS

- ¹ Las investigaciones en el área sur del valle del Cajón forman parte de los proyectos PIP CONICET 256, ANPCyT PICT-Raíces 633, dirigidos por la Lic. María Cristina Scattolin.
- ² Las tareas en Cardonal se iniciaron en el año 1993 por María Cristina Scattolin y Joan M. Gero. En 2004, Joan Gero efectuó las primeras excavaciones (Gero ms), continuadas luego bajo la dirección de Scattolin hasta la fecha. Bordo Marcial fue detectado en 2005 y excavado a partir de 2006.
- ³ El análisis bioarqueológico de los restos humanos fue realizado por la autora. Para una descripción más detallada de los hallazgos, métodos y técnicas empleadas ver Cortés (2011).
- ⁴ Todos los análisis radiocarbónicos fueron realizados en el Laboratorio de AMS de la Universidad de Arizona, Estados Unidos. Los fechados calibrados mediante el programa Calib-Radiocarbon Calibration Program (Stuiver y Reimer 1986-2005) y se expresa el rango de 2 sigmas en todos los casos.
- ⁵ Los pobladores recuerdan con afecto al Padre Baudilio Vázquez quien fundó la Capilla San Francisco de Asís y solía quedarse por un novenario en La Quebrada. Aficionado coleccionista de piezas arqueológicas, el Padre Vázquez formó una importante colección arqueológica, parte de la cual se sabe proviene de este cementerio. Conservada hoy en el Museo Eric Boman de Santa María, esta colección atesora un gran número de piezas únicas asignables al período Formativo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aparicio, F.
1941. Nuevas investigaciones en la Pampa Grande. *Diario La Prensa*, Domingo 21 de Septiembre. Segunda Sección.
- Arena, M. D.
1975. Arqueología del Campo del Fraile y aldeaños (Valle del Cajón, Dpto. de Santa María, Catamarca). *Actas del I Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 43-83. Rosario, Universidad Nacional de Rosario.
- Aschero, C.
1999. El arte rupestre del desierto puneño y el Noroeste argentino. En *El arte rupestre en los Andes de Capricornio*: 97-135. Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino.
2007. Íconos, huancas y complejidad en la Puna sur Argentina. En A. E. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. Mercolli, P. (comps.), *Producción y circulación prehispánica de bienes en el sur andino*: 135-166. Córdoba, Brujas.
- Aschero, C., R. D. Zurita, M. G. Colaneri y A. Toselli
2002. El bebé de la Peña. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 2: 329-338. Córdoba, Brujas.

Babot, M. P., L. G. González Baroni, S. V. Urquiza, M. G. Aguirre, M. G. Colaneri, S. Hocsman y M. C. Haros

2009. Dinámicas de formación y transformación de un entierro en el desierto puneño (Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina). *Intersecciones en Antropología* 10: 183-201.

Baffi, E. I. y M. F. Torres

1996. Los restos óseos humanos del sitio Martínez 4 (Ambato, Catamarca). *Publicaciones de Arqueología CIFYH* 48: 55-63.

Baldini, M. I. y E. I. Baffi

1996. Comportamiento mortuario en la población prehispánica de Las Pirguas (Pampa Grande, Salta). Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. II Parte. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* (Mendoza) XXIII(1/4): 7-17.

Baldini, M. I., E. I. Baffi, M. T. Salaberry y M. F. Torres

2003. Candelaria: una aproximación desde un conjunto de sitios localizados entre los cerros de Las Pirguas y El Alto del Rodeo (Dto. de Guachipas, Salta, Argentina). En G. Ortiz y B. Ventura (eds.), *La mitad verde del mundo andino*: 131-151. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

Baldini, M. I., E. I. Baffi y J. Togo

1998. Abrigos y cavernas que hacen historia: los hallazgos de Las Pirguas (Pampa Grande, Salta). *Obra de homenaje a Alberto Rex González*: 343-362. Buenos Aires, Fundación Argentina de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Bloch, M. y J. Parry

1982. Introduction: death and the regeneration of life. En M. Bloch y J. Parry (eds.), *Death and the regeneration of life*: 1-44. Cambridge, Cambridge University Press.

Bradley, R.

2005. *Ritual and domestic life in prehistoric Europe*. Londres, Routledge.

Brück, J.

2004. Material metaphors. The relational construction of identity in Early Bronze Age burials in Ireland and Britain. *Journal of Social Archaeology* 4(3): 307-333.

Cigliano, E. M., R. A. Raffino y H. A. Calandra

1972. Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras más tempranas del Noroeste Argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* VI: 225-236.

Cortés, L. I.

2005. Contextos funerarios del período Formativo: aportes desde una comparación entre los valles y las yungas. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2010. Cuerpos en contraste: reflexiones sobre el tratamiento de los difuntos en dos entierros de 3000 años (valle del Cajón, Noroeste argentino). *Revista del Museo de Antropología de Córdoba* 3: 5-12.

2011. Paisaje funerario al sur del valle del Cajón: cuerpos, contextos y trayectorias históricas. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2012. Bajo los médanos: paisaje funerario y tradiciones compartidas al sur de los valles Calchaquíes, primer milenio de la Era. *Estudios Sociales del NOA* 12. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. En prensa.

Duviols, P.

1979. Un symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'exploitation de l'espace: le monolithe 'huanca' et sa fonction dans les Andes préhispaniques. *L'Homme* 29(2): 7-31.

Fasth, N.

2003. La Candelaria. Preservation and conservation of an archaeological museum collection from Northwestern Argentina at the Museum of the World Culture, Sweden. Tesis de Maestría inédita, Göteborg Universitet.

García Azcárate, J.

1996. Monolitos-huancas: un intento de explicación de las piedras de Tafí (Rep. Argentina). *Chungara* 28: 159-174.

Gero, J. M.

s/f. Registros de campo de las excavaciones en el sitio Cardonal (Valle del Cajón, Catamarca). Ms.

González, A. R.

1955. Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. Argentino. (Nota preliminar). *Anales de Arqueología y Etnología* 11: 7-32.

1962. Nuevas fechas de la cronología arqueológica Argentina obtenidas por el método de radiocarbón (IV). Resumen y perspectivas. *Revista del Instituto de Antropología* 5: 303-331.

1972. Descubrimientos arqueológicos en la serranía de "Las Pirguas" (provincia de Salta). *Revista de la Universidad Nacional de La Plata* 24: 388-392.

1998. *Arte precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.

González, A. R. y G. Cowgill

1975. Cronología del Valle de Hualfín, provincia de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas y trabajos del I Congreso de Arqueología Argentina*: 383-404. Rosario, Universidad Nacional de Rosario.

González, A. R y V. Nuñez Regueiro

1962. Informe preliminar sobre la investigación arqueológica en Tafí del Valle (NO Argentino). *Actas del XXXIV Congreso Internacional de Americanistas*: 485-496. Viena.

Gordillo, I. y A. Solari

2009. Prácticas mortuorias entre las poblaciones Aguada del valle de Ambato (Catamarca, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana* 39(1): 31-51.

Gosden, C. y L. Head

1994. Landscape - a usefully ambiguous concept. *Archaeology in Oceania* 29: 113-116.

Heredia, O.

1971. Excavaciones arqueológicas en La Candelaria (Provincia de Salta). *Etnia* 13: 25-35.

Ingold, T.

1993. The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25(2): 152-174.

2000. *The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill*. Londres, Routledge.

Latham, R. E.

1938. *Arqueología de la región Atacameña*. Santiago de Chile, Prensas de la Universidad de Chile.

Lazzari, M.

2005. The texture of things: objects, people, and landscape in Northwest Argentina (First millennium A.D.). En L. Meskell (ed.), *Archaeologies of materiality*: 126-161. Oxford, Blackwell.

2006. Traveling things and the production of social spaces: an archaeological study of circulation and value in North Western Argentina. Tesis Doctoral inédita, Departamento de Antropología, Universidad de Columbia.

Llagostera, A.

2006. Contextualización e iconografía de las tabletas psicotrópicas Tiwanaku de San Pedro de Atacama. *Chungara* 38(1): 82-111.

López, G.

2009. Diversidad arqueológica y cambio cultural en Pastos Grandes, puna de Salta, a lo largo del Holoceno. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIV: 149-175.

Martínez Soler, B. J.

1958-1959. Conchylología etnológica. *Runa* IX: 267-322.

Núñez, L. A.

1992. Ocupación arcaica en la Puna de Atacama: secuencia, movilidad y cambio. En B. J. Meggers (ed.), *Prehistoria sudamericana. Nuevas perspectivas*: 283-307. Washington, Taraxacum.

Núñez Regueiro, V. A.

1998. *Arqueología, historia y antropología de los sitios de Alamito*. Tucumán, Instituto Interdisciplinario de Estudios Andinos.

Oliszewski, N., C. M. Gramajo Bühler, E. P. Mauri, G. E. Míguez, A. C. Muntaner y M. M. Pantorrilla Rivas

2010. Caracterización de un entierro humano en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). *Intersecciones en Antropología* 11: 315-319.

Olivera, D. E., A. S. Vidal y L. G. Grana

2003. El sitio Cueva Cacao 1A: hallazgos, espacio y proceso de complejidad en la Puna meridional (ca. 3000 años AP). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVIII: 257-270.

Ortiz, G.

2003. Estado actual del conocimiento del denominado Complejo o Tradición Cultural San Francisco, a 100 años de su descubrimiento. En G. Ortiz y B. Ventura (eds.), *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*: 23-71. Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

Oyarzun, A.

1940. Esqueletos sin cráneos y cráneos sin esqueletos. *Revista del Museo Histórico Nacional de Chile* 1(2): 180-185.

Palamarczuk, V., R. Spano, D. Magnífico, F. Weber, M. S. López y M. Manasiewicz

2007. Soria 2. Apuntes sobre un sitio temprano en el valle de Yocavil (Catamarca, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 8: 121-134.

Palavecino, E.

1933. Los indios Pilagá del Río Pilcomayo. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia"* XXXVII.

Pauketat, T.

2001. Practice and history in archaeology. An emerging paradigm. *Anthropological Theory* 1(1): 73-98.

Pérez Gollán, J. A.

1991. La Cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. *Publicaciones del Instituto de Antropología* 46: 157-173.

2000a. Los suplicantes: una cartografía social. En *Temas de la Academia. Arte prehispánico: creación, desarrollo y persistencia*: 21-48. Buenos Aires, Academia Nacional de Bellas Artes.

- 2000b. El jaguar en llamas. La religión en el antiguo Noroeste argentino. En M. N. Tarragó (dir.) *Nueva historia argentina* I: 229-256. Barcelona, Editorial Sudamericana.
- Pérez Gollán, J. A. y O. Heredia
1990. Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos del Instituto de Antropología* 12: 161-178.
- Preucel, R. W. y L. Meskell
2004. Places. En L. Meskell y R. W. Preucel (eds.), *A companion to social archaeology*: 215-229. Oxford, Blackwell.
- Raffino, R. A.
1977. Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro (prov. de Salta). *Obra del Centenario del Museo de La Plata* II: 235-299. La Plata, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Ciencias Naturales y Museo.
- Richards, C.
1993. Monumental choreography: architecture and spatial representation in Late Neolithic Orkney. En C. Tilley (ed.), *Interpretative archaeology*: 143-178. Oxford, Berg.
- Rydén, S.
1936. Archaeological researches in the Department of La Candelaria (prov. Salta, Argentina). *Etnografiska Studier* 3. Göteborg, Etnografiska Muséet.
- Scattolin, M. C.
1986. Registros manuscritos de las libretas y diarios de campo originales de Vladimiro Weiser 1920-1929, expedición Muñiz Barreto. La Plata, Departamento de Arqueología, Universidad de La Plata. Ms.
2006a. De las comunidades aldeanas a los curacazgos en el Noroeste argentino. *Boletín de Arqueología Pontificia Universidad Católica del Perú* 10: 357- 398.
2006b. Categoriemas indígenas y designaciones arqueológicas en el noroeste argentino prehispánico. *Chungara* 38(2): 181-192.
2007a. Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio (eds.), *Sociedades precolombinas surandinas: temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*: 203-219. Buenos Aires, Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
2007b. Estilos como recursos en el Noroeste argentino. En A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (comps.), *Procesos sociales prehispanicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*: 291-321. Córdoba, Editorial Brujas.
2010. La organización del hábitat precalchaquí (500 a.C.-1000 d.C.). En M. E. Albeck, M. C. Scattolin y M. A. Korstanje (eds.), *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*: 13-51. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. I. Cortés, C. M. Calo, L. Pereyra Domingorena y A. D. Izeta
2009a. Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIV: 251-274.
- Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. I. Cortés, L. Pereyra Domingorena y C. M. Calo
2010. Una máscara de cobre de 3000 años. Estudios arqueometalúrgicos y comparaciones regionales. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 15(1): 25-46.
- Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. Pereyra Domingorena y L. I. Cortés
2005. La señora de los anillos, entre otras tumbas presantamarianas de Yocavil. *Intersecciones en Antropología* 6: 29-41.

Scattolin, M. C., L. I. Cortés, M. F. Bugliani, C. M. Calo, L. Pereyra Domingorena, A. D. Izeta, y M. Lazzari

2009b. Built landscapes of everyday life: a house in an early agricultural village of northwestern Argentina. *World Archaeology* 41(3): 396-414.

Scattolin, M. C., L. I. Cortés, C. M. Calo, L. Pereyra Domigorena y J. Izaguirre

2007-2008. Una máscara metálica del valle del Cajón, Catamarca, Argentina. *Arqueología* 14: 229-237.

Scattolin, M. C., L. Pereyra Domingorena, L. I. Cortés, M. F. Bugliani, C. M. Calo, A. D. Izeta y M. Lazzari

2007. Cardonal: una aldea formativa entre los territorios de valles y puna. *Cuadernos* 32: 211-225.

Sempé, M. C. y S. A. Salceda

2005. El ritualismo y los sacrificios humanos en la cultura Aguada. En *La cultura de la Aguada y sus expresiones regionales*: 53-63. La Rioja, Secretaría de Ciencia y Tecnología, Universidad Nacional de La Rioja.

Sempé, M. C., S. A. Salceda y B. Desántolo

2005. El período temprano inicial en Azampay y sus relaciones. En C. Sempé, S. A. Salceda y M. Maffia (eds.), *Azampay. Presente y pasado de un pueblito catamarqueño*: 203-231. La Plata, Ediciones Al Margen.

Standen, V. y C. M. Santoro

1994. Patapatane-1: temprana evidencia funeraria en los andes de Arica (norte de Chile) y sus correlaciones. *Chungara* 26(2): 165-183.

Stuiver, M. y P. J. Reimer

1986-2005. Radiocarbon Calibration Program. CALIB REV 5.0.2.

Tarragó, M. N.

1980. Los asentamientos aldeanos tempranos del sector septentrional del Valle Calchaquí, Provincia de Salta y el desarrollo agrícola posterior. *Estudios Arqueológicos* 5: 29-53.

1996. El Formativo en el Noroeste argentino y el alto Valle Calchaquí. Actas y memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Parte II). *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza)* XXIII (1/4): 103-119.

Tarragó, M. N. y M. C. Scattolin

1999. La problemática del período Formativo en el valle de Santa María. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* I: 142-153.

Tartusi, M. y V. A. Núñez Regueiro

1993. Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones del Instituto de Arqueología* 5(1): 1-48.

Ten Kate, H. F. C.

1896. Anthropologie des anciens habitants de la région Calchaquie (Republique Argentine). *Anales del Museo de La Plata* 1: 1-20.

Tilley, C.

1994. *A phenomenology of landscape. Places, paths and monuments*. Oxford, Berg.

Tung, T. A.

2008. Dismembering bodies for display: a bioarchaeological study of trophy heads from the Wari site of Conchopata, Perú. *American Journal of Anthropology* 136: 294-308.

Von Rosen, E.

1901-1902. *Ethnographical research work during the Swedish Chaco-Cordillera Expedition*. Stockholm, Alb. Bonniers Boktryckeri.

Weiser, V.

1922-1924. Diarios y libretas de campo de la IV expedición Muñiz Barreto. Originales depositados en el Departamento de Arqueología del Museo de La Plata. Ms.

Yacobaccio, H. D., C. M. Madero y M. C. Reigadas

2001. Inhumación de una cabeza aislada en la Puna Argentina. *Chungara* 33(1): 79-82.